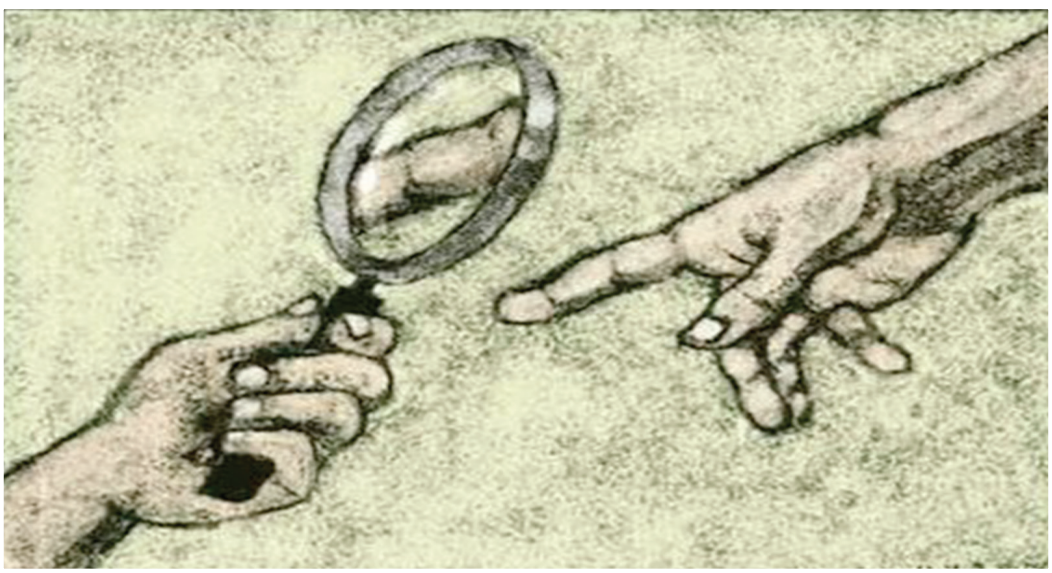
EL LIBERALISMO Y LA IGLESIA CATÓLICA EN EL SIGLO XIX

Miguel A. Vergara Villalobos*

Primero se explica el contexto en que surge el liberalismo en el siglo XIX, destacando la Revolución Industrial. Seguidamente se analizan sus postulados básicos, y en qué sentido el liberalismo puede considerarse una ideología. Como tercer punto se plantea la cuestión del Estado Pontificio, y la lucha contra el racionalismo y fideísmo que debió afrontar la Iglesia antes de abocarse a la "cuestión social". Se finaliza con algunas conclusiones.



El tema que trataremos arroja luces sobre el origen y fundamentos del liberalismo, que fue combatido por el comunismo y socialismo; la Iglesia Católica rechazará todas estas corrientes. Muchas de las ideas de entonces siguen vigentes, de ahí su importancia.

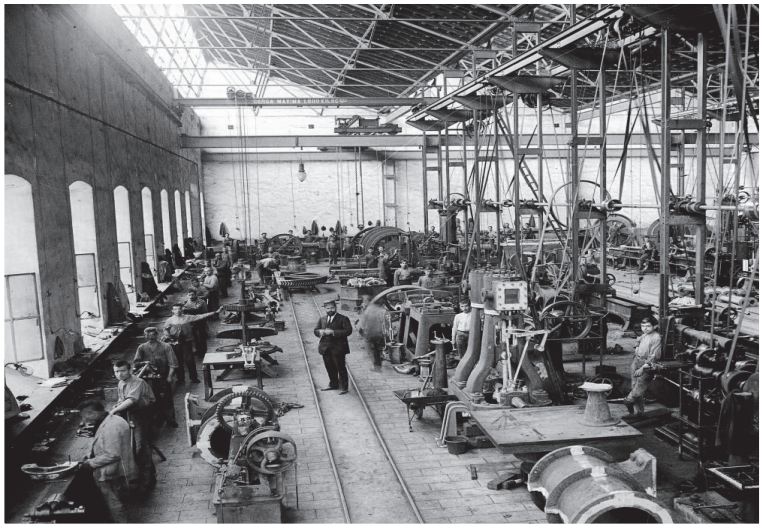
Durante el siglo XVII, el absolutismo se imponía sin contrapeso; en lo social había muchísima desigualdad, y en lo económico campeaba el mercantilismo, precursor del capitalismo. En el siglo XVIII empiezan a fermentar las ideas de libertad e igualdad, que desembocaron en la Revolución Francesa (1789-1799). Este ímpetu revolucionario fue ralentizado primero por Napoleón y después, a su muerte en 1814, por la Santa Alianza que derechamente restableció el absolutismo en Europa. Los efectos sociales del liberalismo se hacen explícitos con toda su crudeza en la segunda mitad del siglo XIX, con la Revolución Industrial.

* Almirante. ING.NV.ELN. Oficial de Estado Mayor. Ex Comandante en Jefe de la Armada. Profesor de Academia en la asignatura de Estrategia. Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra (España). Magno Colaborador de la Revista de Marina, desde 2009.

Revolución Industrial

Hasta el siglo XVIII los obreros trabajaban con instrumentos y maquinarias sencillas, que usualmente movían con la fuerza de sus brazos y piernas. Por consiguiente, la producción no era masiva y los precios se mantenían relativamente altos. La manufactura para ventas al por mayor no era muy diferente, excepto que el proceso requería más obreros y artesanos; eventualmente, se empleaban ruedas movidas por saltos de agua. Esta situación empezó a cambiar a contar de 1764, cuando James Watson inventó el primer motor a vapor utilizable por la industria.[1]

A contar de 1860 la Revolución Industrial se acelera, precedida por tres acontecimientos de enorme importancia: el proceso Bessmer para producir acero, el perfeccionamiento de la dínamo para generar electricidad y la invención del motor a combustión interna.[2] Los nuevos inventos revolucionaron los medios de transporte, la industria de los tejidos, la industria minera y metalúrgica, etc.[3] Esto trajo como consecuencia insospechados cambios en la manera de producir, lo que a su vez generó profundas alteraciones sociales.



Mecanización de la producción.

El trabajo de los niños

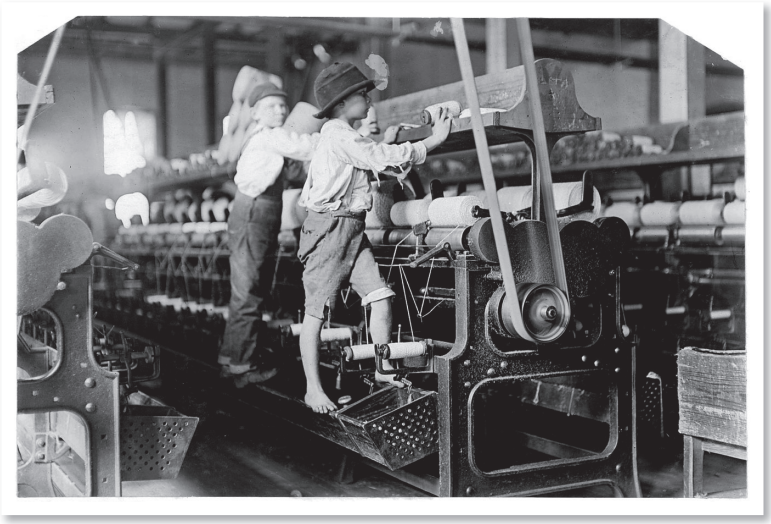
La Revolución industrial "transformó de arriba abajo la existencia de la humanidad y aceleró el ritmo de la Historia."[4] El desarraigo social que ocasionó la creciente emigración del campo a la ciudad, queda dramáticamente reflejado en el trabajo infantil. "La fábrica se convirtió en un lugar odioso […]. A los empresarios solo les acuciaba el afán de conseguir mano de obra al más bajo precio posible; en particular, los niños, empujados muchas veces al inframundo del maquinismo desde la edad de cinco años, no recibían salario alguno, excepto alojamiento y comida, y eran tratados como presos o esclavos. Les estaba prohibido abandonar el lugar de trabajo y les golpeaban de continuo no solo en castigo por alguna leve falta, sino también para impedir que se durmieran junto a las máquinas."[5]

El liberalismo

La Revolución Industrial fue el caldo de cultivo en que se manifestó el liberalismo y también su contrapartida, el comunismo y el socialismo. Las corrientes de izquierda detectaron prontamente la magnitud del problema social que estaba incubándose y lo aprovecharon para hacer un intenso y eficaz proselitismo político. La Iglesia Católica les dejó el campo libre, preocupada por defender su poder temporal y enfrascada en discusiones doctrinales.

El fundamento filosófico del liberalismo lo encontramos en Thomas Hobbes (1588-1669) y John Locke (1632-1704), que postulan el principio de la libertad individual como fundamento de la naturaleza del hombre,

1. Cfr. Signobos, Ch., vol. VI, p.501.
2. Cfr. Frías, Francisco, p.269.
3. Cfr. Seignobos, Ch. vol VI, p.512.
4. Grimberg, Carl, Historia Universal, vol X, Ed. Daimon, Madrid, 1968, p.239.
5. Cfr. Ibíd., p.250.



Uso de mano de obra infantil durante la Revolución Industrial.

de su vida ética y de la manera de relacionarse con los demás. Para estos filósofos y los continuadores de su pensamiento, la persona es un absoluto que determina sus propios fines y normas; "no hay en principio ningún orden del cual, de una manera natural, sea o pueda ser parte."[6]

La corriente liberal se hermana con otra tendencia filosófica que venía germinando desde la Ilustración: el racionalismo. Uno y otro propugnan la incondicional soberanía de la razón humana, que exenta de toda sujeción a un orden superior se convierte en principio último y fuente exclusiva de toda verdad.[7] A partir del siglo XVIII la libertad y la razón se entronizan como principios absolutos. En un entorno tal, la Iglesia pasa a ser considerada como un estorbo para el desarrollo y progreso de la humanidad; como veremos, esa fue una de las amenazas que debió neutralizar en el siglo XIX.

Para el liberalismo extremo, el individuo actúa únicamente buscando su propio interés. Todo lo que la persona hace está determinado por su conveniencia particular; "lo que quiere, por quererlo, es bueno, y no hay ninguna razón objetiva que permita juzgar aquello como una equivocación o un pecado."[8] De esta idea matriz surge el liberalismo político amparado por Locke; y más tarde el liberalismo económico ligado a las ideas de Adam Smith (1723-1790),[9] que promueve el mercado como la mano invisible que lo regula todo. A lo largo del siglo XIX, gradualmente estas ideas fueron permeando no solo el orden político y económico, sino también el orden moral; el laissez faire se transforma en una verdadera ideología que lo invade todo, con graves consecuencias sociales.

Ideología

Una ideología es un sistema simplificado de ideas de fácil consumo masivo, con fines de conquista y ejercicio del poder, que conlleva aspectos tales como: un alto grado de esquematismo, vaguedad e imprecisión; una intensa carga afectiva y emocional; una visión reductiva de la naturaleza humana, usualmente de corte economicista; y un elemento utópico con el carácter de una escatología secularizada.[10]

Otra aproximación considera la ideología como un sistema que no está fundamentado en ningún estado real de cosas, sino meramente a las aspiraciones de una sociedad en un cierto tiempo de su evolución. El hábil manejo de estos tres componentes, constituye la esencia de una ideología; su noción de verdad no está relacionada con la realidad, sino que es utilitaria, sociológica y evolucionista. En definitiva, la ideología surge cuando las aspiraciones abstractas de un determinado grupo asumen la forma de afirmaciones concretas acerca de la realidad, expresadas como si fuesen verdades eternas factibles de alcanzar en ciertos plazos temporales.[11]

6. Widow, Juan Antonio, La libertad y sus servidumbres, Ril Editores, 2014, p.517.
7. Cfr. Ibáñez, José Miguel, Doctrina social de la Iglesia, Ed. U. Católica de Chile, 1998, p.233.
8. Widow, Juan Antonio, La libertad…., p.518.
9. Cfr. Ibáñez, José Miguel, La doctrina…, p.233.
10. Cfr. Ibíd., p.225.
11. Cfr., Simon, Yves, The Tradition of Natural Law, Ed. Vukan Kuic, Forham University Press, New York, 2006, pp. 16-17.

Liberalismo como ideología

Una de las características de las ideologías es que usualmente se camuflan con ciertos procesos históricos de conjunto, o fenómenos sociales globales. En el siglo XIX estos procesos globales habían cristalizado en el capitalismo y el comunismo. El primero como un sistema esencialmente económico, y el segundo abarcando, además de lo económico, lo político y lo social. Por otra parte, el capitalismo ha sido un proceso gradual y evolutivo, sin que haya habido un plan previamente pensado y luego impuesto sobre la realidad social, como ha ocurrido con el comunismo. Ahora bien, las respectivas ideologías del capitalismo y el comunismo son el liberalismo, y el marxismo; este último es también la ideología del socialismo. A su vez, la expresión política de ambas ideologías es, respectivamente, la democracia liberal y la democracia popular que en los hechos es un totalitarismo. De estas dos vertientes ideológicas, liberalismo y marxismo, se han desprendido posteriormente los neoliberalismos y los neosocialismos o socialismos no marxistas en grado variable.[12]

La Iglesia Católica

La Iglesia se demoró en abordar los serios problemas sociales, que a mediados del siglo XIX ya se insinuaban. En los hechos, dejó el campo abierto a la ideología liberal, que fue combatida por el comunismo y el socialismo. En parte esto se explica porque, por un lado, la curia romana estaba enfrascada en la defensa del Estado Pontificio; y, por otro, combatía el creciente racionalismo que venía envolviéndolo todo desde la Ilustración.

Los Estados Pontificios

El Congreso de Viena, que puso término a la era napoleónica, entre otras cosas, restableció las antiguas fronteras de las Dos Sicilias y el Estado Pontificio. Pero esto lejos de ser una solución, trajo nuevos problemas al Papado, debido a los graves disturbios que estallaron en 1832 y de nuevo en 1843-45, que debieron ser sofocados por tropas austríacas y francesas, lo que obviamente restó independencia al Pontífice romano. La situación se hizo insostenible cuando la agitación contra el gobierno papal se mezcló con la campaña en pro de la unidad política italiana.[13] En 1860, el territorio gobernado por el Papa estaba limitado a "Roma y Lacio, y aun aquí dependía de la protección de una guarnición francesa."[14] Finalmente, el 20 de septiembre de 1870, las fuerzas de Garibaldi ocuparon Roma, consolidando la unidad de Italia.

La situación territorial del Pontificado se resolvió años más tarde con Pío XI, que acordó con Mussolini los Pactos de Letrán, en 1929. La solución consistió en "la creación del Estado Vaticano, que careciendo de importancia política, se le aseguraban todos los signos y garantías de la plena soberanía."[15] Retrospectivamente, fue positivo para la Iglesia que el Papa dejara de ser un soberano temporal, pues le permitió orientarse con mayor énfasis a su labor pastoral.[16]

El racionalismo

Además del desgaste que significó el intento por mantener a toda costa el poder temporal sobre los Estados Pontificios, durante el siglo XIX la Iglesia estuvo permanentemente amenazada por el racionalismo. Desde la Ilustración y la Revolución francesa venía gestándose un fuerte proceso de secularización, que negaba cualquier posibilidad de conocimiento válido fuera del ámbito de la razón. Incluso, se intentó crear "una única 'religión racional' que las incluyera a todas, dejando intactos únicamente aquellos artículos de fe sobre los que la razón pudiera ponerse de acuerdo."[17]

Como reacción a esta amenaza racionalista, que en el XIX empezó a infiltrarse incluso dentro de la propia Iglesia, surgió en el campo

12. Cfr. Ibáñez, José Miguel, La doctrina…, p.228.
13. Cfr., Hertling, Ludwig, Historia de la Iglesia, Ed. Herder, Barcelona, 1981, p.441.
14. Ibíd., p.443.
15. Lortz, Joseph, Historia de la Iglesia, en la perspectiva de la historia del pensamiento, vol II, Ed. Cristiandad, Madrid, 1982, p.412.
16. Hertling, Ludwig, Historia de la Iglesia, p.444.
17. Vilar Gisbert, Víctor, Mircea Eliade y la experiencia de lo sagrado, Trabajo Fin de Máster, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Facultad de Filosofía, Madrid, 2013, p. 87.

eclesial una corriente opuesta que postulaba que "la razón humana por sí misma no puede conocer con certeza la verdad metafísica, moral y religiosa."[18] La Iglesia supo detectar a tiempo tanto la amenaza del racionalismo, como la peligrosidad de la reacción anti-racionalista: el fideísmo. Para sentar doctrina frente al racionalismo y al fideísmo, en 1870, Pío IX convocó al Concilio Vaticano I, donde se determinó que es posible conocer a Dios con certeza mediante la luz de la razón, a partir de las cosas creadas; y que la razón y la fe no se oponen sino que se complementan.[19] El Concilio se debió suspender abruptamente, por la ocupación de Roma que comentábamos en el parágrafo anterior, no sin antes haber aprobado la infalibilidad del Papa, lo que generó polémica entre los adversarios del catolicismo,[20] y también dentro de la Iglesia.

La cuestión social

El candente problema social gatillado por la conjunción de Revolución Industrial y liberalismo extremo, había sido escabullido por la Iglesia. Aclaradas ya las relaciones entre razón y fe, y sin la preocupación temporal por el Estado Pontificio, "será ahora la conquista o pérdida de las masas trabajadoras organizadas, la que decidirá sobre la importancia o la insignificancia de la Iglesia en la nueva época."[21] La reacción del Papado fue positiva, aunque tardía.

El primer y fundamental documento pontificio sobre la doctrina social de la Iglesia, provino de León XIII con su Encíclica *Rerum Novarum* (1891). Allí se sentaron los principios cristianos acerca del derecho y la justicia en el Estado y la sociedad, frente a las concepciones erróneas del liberalismo y socialismo.[22] León XIII se dio cuenta de que era necesario terminar con la creciente tensión entre la cultura moderna y la Iglesia. Numerosos acontecimientos claramente indicaban que el camino no era "dar una solución puramente negativa mediante la ignorancia o la condenación del error, intentando únicamente conservar las antiguas condiciones de vida."[23]

Junto con esta apertura a la modernidad, el Papa con gran valentía denunció, en el contexto de la "cuestión obrera", la dolorosa y vergonzante situación de que: "un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios" (*Rerum Novarum*). Asimismo, tras refutar el socialismo como un remedio peor que la enfermedad, pide una solución fundada en el salario justo, la extensión de propiedad privada, la intervención subsidiaria del Estado, el derecho de sindicalización de los obreros y una reforma cristiana a las costumbres imperantes.[24] Esta encíclica marcó un hito; muchos de sus aspectos básicos de justicia social han sido reiterados por encíclicas posteriores, conformando la *Doctrina Social de la Iglesia*.

Conclusiones

- El liberalismo es una corriente ideológica que se manifestó con fuerza, a partir de la segunda mitad del siglo XIX. El principio del *laissez faire* en lo político, económico y moral, sumado a la Revolución Industrial que cambió la manera de producir y desarraigó a miles de campesinos, generó un caldo de cultivo para una tremenda injusticia social. Esta oportunidad fue aprovechada por los movimientos comunista y socialista, que nacieron en la misma época.
- La Iglesia reaccionó tardíamente, preocupada como estaba por defender su soberanía temporal en los Estados Pontificios, que finalmente tuvo que entregar de todas maneras. Liberada de las preocupaciones de gobernar un Estado, se vio libre para dedicarse con mayor intensidad a la "cuestión social", que todavía orienta su accionar.
- A lo anterior se suma que el Pontificado durante parte importante del siglo XIX estuvo

18. Bentué, Antonio, La opción creyente, Ed. San Pablo, Santiago, 2014, p. 295.
19. Cfr., Constitución dogmática Dei Filuius, 24-abr-1870, Caps.2 y 4.
20. Herling, Ludwig, Historia de la Iglesia, p.457.
21. Lortz, Joseph, Historia de la Iglesia, p.445.
22. Herting, Ludwig, Historia de la Iglesia, p.459.
23. Lortz, Joseph, Historia de la Iglesia, p.448.
24. Ibáñez, José Miguel, La doctrina…, pp.229-230.

abocado a defenderse de los ataques del racionalismo, que había logrado adeptos incluso dentro de la propia Iglesia. Pío IX debió dar una lucha doctrinaria en dos frentes: contra el racionalismo y contra el fideísmo que se erigía como antídoto al racionalismo. Estos aspectos fueron abordados, en 1870, por el Concilio Vaticano I, que debió ser suspendido abruptamente por la ocupación de Roma.

- León XIII, junto con abrirse a un diálogo con la modernidad, promulgó la Encíclica *Rerum Novarum* (1891), dando origen a lo que sería la "Doctrina Social de la Iglesia", que se ha ido complementando y actualizando por todos los Papas posteriores.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

1. *Bentué, Antonio, La opción creyente, Ed. San Pablo, Santiago, 2014.*
2. *Frías, Francisco, Historia General, vol. III, Ed. Nascimento, Santiago, 1959.*
3. *Grimberg, Carl, Historia Universal, vol. X, Ed. Daimon, Madrid, 1968.*
4. *Hertling, Ludwig, Historia de la Iglesia, Ed. Herder, Barcelona, 1981.*
5. *Ibáñez, José Miguel, Doctrina Social de la Iglesia, Ed. U. Católica de Chile, 1998.*
6. *Lortz, Joseph, Historia de la Iglesia, vol. II, Ed. Cristiandad, Madrid, 1982.*
7. *Pío IX, Encíclica Dei Filius, 1870, Denzinger 3000-3045, Barcelona 2012.*
8. *Seignobos, Ch., Historia Universal, Ed. Nacional, México D.F., 1947.*
9. *Simon, Yves, The Tradition of Natural Law, Ed. Vukan Kuic, Fordham University Press, 2001.*
10. *Vilar, Víctor, Mircea Eliade y la experiencia de lo sagrado, Tesis de Magíster, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2013.*
11. *Widow, Juan Antonio, La libertad y sus servidumbres, RIL Ed., Santiago, 2014.*